

TRABAJO TEÓRICO

Agonías primitivas y clivajes *Agonies primitives et clivages*⁵

Alejandro Rojas-Urrego⁶

D.W. Winnicott murió en 1971. No tuvo por consiguiente la oportunidad de leer una reflexión de Freud sólo publicada hasta 1975. En un corto artículo B. Goetz (1975) cuenta que, joven poeta fascinado por la *Bhagavadgita* (texto sagrado hindú de 700 versos, escrito en sanscrito con una datación del S. VI A.C. N.d.T), en algunas conversaciones con Freud (1905-1906) éste le dijo: “¿sabe usted qué significa ser confrontado con la nada? Esto trasciende todas las contradicciones, es nuestro *insight*, que comprende todo y que por lo tanto es apenas comprensible, o que mal comprendido se torna en locura” (p, 141). El concepto Winnicottiano de angustia impensable encuentra su lugar en medio de esta reflexión.

Con esta observación, esta anécdota y esta cita atribuida a Freud, M. Milner (1977) termina su artículo *Overlapping Circles*, traducido al Francés como *Chevauchement de Cercles* (cito acá la traducción Francesa en la revista ARC, 1990). Sabemos de hecho ¿qué significa el estar confrontados a nada?

⁵ Este trabajo fue publicado originalmente en francés en: Le Carnet PSY 2015/4 (Nº 189), p. 25-31. DOI 10.3917/lcp.189.0025 <http://www.carnetpsy.com/article.php?id=2591> en el marco del coloquio Colloque BBADOS 2014. Su traducción y publicación en la revista PSICOANÁLISIS de la ACP fue autorizada de manera escrita por el autor y la directora de Publicaciones de Le Carnet PSY.

⁶ Miembro Titular y Analista Didacta de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis (SCP). Miembro Ordinario de la Société Suisse de Psychanalyse (SSPa). Médico, Jefe del Servicio de Psiquiatría y Psicoterapia de Niños y Adolescentes (Service de Psychiatrie et Psychothérapie d'Enfants et d'Adolescents (SPPEA), Fondation de Nant, Suisse.

He aquí una pregunta pertinente para introducir el tema que me dispongo a tratar. Por demás, en el texto de Goetz (1975), en inglés, del cual extraje lo anotado, figura la palabra *nothingness* (la nada) y no solamente *nothing* (nada). Por lo tanto: sabemos ¿qué significa estar confrontados con el vacío?

O aun: ¿Sabemos qué significa estar confrontados con la nada?

Nada, vacío, la nada. Trascender todas las contradicciones. Un *insight* apenas comprensible y que lo comprende todo, o que mal comprendido se torna en locura... Los elementos esenciales están ahí pero deben ser armados. Ciertamente Freud intenta hacer comprender al joven poeta que el Nirvana de los hindúes no corresponde a la falsa idea que tienen los europeos y sobretodo que no se trata de la misma *nothingness*. Con la noción de agonías primitivas Winnicott nos indica el camino al *nothingness*, pero él no se ocupa del Nirvana ni de la vacuidad, sino de nada, del vacío, de la nada y sobretodo del *helplessness* (la indefensión).

Las agonías primitivas son un estado de angustia extrema, son angustias inimaginables, impensables, experiencias de aniquilamiento de la subjetividad, experiencias –en suma– de muerte psíquica.

Hoy, cuando la ocasión de intervenir en este coloquio me exige reflexionar sobre clivajes y funcionamiento límite: de la salvaguarda a la supervivencia (título del coloquio), podría comenzar diciendo, aunque se trata seguramente de una afirmación un tanto abrupta, que, en la clínica, mi “vía regia”, para interrogar a este proceso de defensa humana universal que es el clivaje, me llevó a aprehenderlo en tanto estrategia de supervivencia para enfrentar situaciones extremas de muerte psíquica y no solamente como aquella defensa según la define Freud en el texto inconcluso de 1938 titulado *El clivaje del Yo en el proceso de defensa* (Freud, 1938-1940). Freud lo aborda allí en términos de conflicto que enfrenta en el Yo a la reivindicación de la pulsión y a la objeción opuesta por la realidad. Y sin embargo, muy pronto, mi interés por el trabajo analítico con los funcionamientos fronterizos en la adolescencia me exigió reconocer que estas dos dimensiones no se excluyen en ningún modo: por una parte, la importancia

central de las relaciones entre la angustia y el desbordamiento traumático de la excitación y, por otra parte, la atención urgente y cuidadosa que demanda la vivencia del dolor psíquico extremo inherente no a la reminiscencia, sino al revivir durante las sesiones de análisis experiencias agonísticas estudiadas por otros autores. Surgía entonces, a plena luz del día, un Yo desamparado, un Yo a la vez desbordado, vaciado y herido, un Yo sumido en la soledad más extrema, en estado de desolación absoluta, de abandono, de angustia absoluta.

Tres elementos conceptuales me han sido de gran ayuda en mi reflexión y articulación entre estas dos dimensiones.

El primero está escrito en la *Teoría general de desarrollo afectivo primario* que D. Winnicott nos propone, y sin la cual la noción de angustias “inimaginables” o “impensables”, hasta llegar a la conceptualización de las “agonías primitivas”, sería imposible. D Winnicott (1962) define el Yo como: “cierta parte de la personalidad humana en su curso de desarrollo, que en condiciones favorables tiende a integrarse para llegar a ser una unidad” (p. 9). Postula que la vida pulsional no puede tenerse en cuenta, si no hay un Yo capaz de vivir la experiencia, (D Winnicott, Óp. Cit.).

El segundo elemento deriva del anterior y corresponde a la noción fundamental de D. Winnicott, según la cual, las partes de la personalidad humana tienden, en condiciones favorables, a integrarse para convertirse en unidad; esto configura la idea de una continuidad en la línea de la vida, es decir, “la idea que nada que forme parte de la experiencia del individuo, no es, o no puede ser, jamás perdido para el sujeto”, aun si por motivos variados y complejos ésta puede ser o llegar a ser definitivamente inaccesible a la consciencia.

El tercer elemento conceptual corresponde a la diferencia que existe entre el clivaje del Yo del cual habla Freud, y que entra en relación desde un primer momento con un trauma psíquico, y el clivaje en juego, cuando se trata de sobrevivir a una experiencia traumática primaria de la cual el ejemplo paradigmático es el de las agonías primitivas.

Mientras Freud describe “la desgarradura de un Yo roto entre dos cadenas representativas incompatibles entre sí” –escribe René Roussillon– el clivaje que describo aquí desgarrar la subjetividad entre una parte representada y una parte no representada. Podría decirse que se trata más de un clivaje “al Yo”, que de un clivaje “del Yo”. (R. Roussillon, 1999). Me referiré en lo que sigue, justamente, a ciertos aspectos de este clivaje “al Yo”.

Es importante tener presente estos tres elementos conceptuales esenciales para intentar vincular y contrastar por una parte, el clivaje postulado por Freud y el anotado por Winnicott y, por otra parte, para examinar las relaciones entre agonías primitivas y clivajes:

- la vida pulsional no puede ser tenida en cuenta si no hay un Yo capaz de experimentar;
- nada que haya formado parte de la experiencia del individuo puede perderse del todo para el mismo;
- el clivaje del que trataré es aquel que desgarrar la subjetividad entre una parte representada y una parte no representada o no representable.

En su autobiografía *La linterna mágica*, I. Bergman (1987) escribe:

A veces, en el fondo de la mina, oigo un aullido demente, sólo llega hasta mí su eco, me golpea sin advertencia. Un niño que grita sin reposo, encerrado para siempre. (p. 64)

Después de 300 páginas agrega:

Y sin embargo caigo, caigo y atravieso el abismo de la vida sin poderme asir de nada. Un tal abismo es real. Es además un abismo sin fondo, uno no logra siquiera matarse al chocar contra una roca o contra un espejo de agua en el fondo. Madre, llamo, grito llamándola, como siempre lo hice (...) No sé, no sé nada. ¿Qué es todo esto que atravesamos mientras caemos?

No lograremos salir de ésta (...) oigo un aullido, quizás sea yo el que grita.
(p. 374-375)

Varios elementos constitutivos de las agonías primitivas están aquí presentes: el encierro en el cual se encuentra una parte del sujeto, vinculada a la catástrofe inicial escindida; el terror inherente al carácter inesperado del retorno potencial del trauma; lo que pudiera resultar “demente” en semejante (re)encuentro; la caída sin fin, la ausencia de sostén o de punto de agarre; la agonía interminable; lo concreto de la experiencia; la ausencia de espejo y de reflejo “en el fondo”; el vínculo apasionado del niño con su madre; la imposibilidad de saber y de pensar; el terror sin salida, el dolor y el aullido y el grito que resulta difícil asumir como propios, que emanan de sí mismo y, para terminar, el llamado que se queda sin respuesta. Pues se trata también de una experiencia de la sordera y del silencio del mundo.

El poeta Octavio Paz (1998) escribe a propósito de uno de “mis tres momentos de mi niñez que me marcaron para siempre (3 o 4 años) (...)”:

Todo real, demasiado real; todo ajeno, cerrado sobre sí mismo... El bulto (infantil) llora. Desde hace siglos y nadie lo oye. Él es el único que oye su llanto. Se ha extraviado en un mundo que es, a un tiempo, familiar y remoto, íntimo e indiferente. No es un mundo hostil; es un mundo extraño, aunque familiar y cotidiano, como las guirnaldas de la pared impasible, como la de las risas del comedor. Instante interminable: oírse llorar en medio de la sordera universal... No recuerdo más... Sin duda mi madre me calmó: la mujer es la puerta de reconciliación con el mundo. Pero la sensación no se ha borrado ni se borrará. No es una herida, es un hueco. Cuando pienso en mí lo toco; al palparme, lo palpo. Ajeno siempre y siempre presente, nunca me deja, presencia sin cuerpo, mudo, invisible, perpetuo castigo de mi vida. No me habla, pero yo, a veces, oigo lo que su silencio me dice: esa tarde comenzaste a ser tú mismo; al descubrirme, descubriste tu ausencia, tu hueco: te descubriste. Ya lo sabes; eres carencia y búsqueda.⁷ (E. Poniatowska, 2015, p. 44-45).

⁷ N.d.T: La cita de Octavio Paz no fue traducida, se transcribió del documento Original en español (E. Poniatowska, 2015).

Al referirse al territorio clínico de los sufrimientos narcisistas que comprometen la identidad, R. Roussillon (1999), nos recordaba en un Coloquio, que, en el mito de Sísifo, A. Camus (1942, (p. 117-118)), anota: “El absurdo nace de la confrontación entre el llamado del ser humano y el silencio irrazonable de mundo”. Revisando recientemente estas páginas memorables, he constatado que esta frase es seguida por: “Esto es aquello que no se debe olvidar, es a esto a lo que debemos aferrarnos, porque toda la consecuencia de una vida puede depender de ello.” Y esto está precedido por: “las experiencias aquí evocadas nacen en un desierto que no se debe dejar nunca.” Estas experiencias nacen pues en el desierto. En la sordera universal y el silencio del mundo. Determinan toda una vida. Pero ¿por qué es necesario agarrarlas y no olvidarlas? Y ¿sobre todo por qué no dejar nunca el desierto? Cuando acudo a la clínica, para intentar dar una respuesta a estas preguntas, me digo que hay pérdidas demasiado tempranas, otras que consisten en perder lo que nunca se tuvo y que, tanto las primeras como las segundas, no pueden ser soltadas, no acaban de ser perdidas, incluso en medio del dolor psíquico más doloroso y más aterrador. Porque perderlas, porque soltarlas, porque dejarlas ir, equivaldría quizás a perderse a sí mismo. En la más absoluta soledad, terminamos a veces por apegarnos a estas pérdidas, hasta fundirnos con ellas.

Según J. Abram (1996), Winnicott divide el mundo de los bebés en dos categorías:

Aquellos que no fueron soltados de manera prematura y aquellos que dejaron caer de manera importante (...) Estos (últimos) llevan consigo mismos, una experiencia de una angustia impensable o arcaica. Saben lo que es estar sumidos en un estado de confusión aguda, o lo que es una agonía de desintegración. Saben lo que es ser soltados, caer para siempre o deber escindirse en el plano psique-soma. Dicho de otro modo, han tenido la experiencia de un traumatismo; su personalidad debe organizarse alrededor de las defensas que siguieron al traumatismo y necesitan mantener defensas primitivas como el clivaje de la personalidad. (J. Abram, 1996, p. 66-67).

Dicho de otro modo, estas personas saben lo que son las vivencias extremas, por haberlas padecido, pero sin poderlo saber, al mismo tiempo, en razón del “clivaje de la personalidad”, según los términos de Abram, un clivaje introducido para asegurar su supervivencia.

El interrogante de saber cómo el ser humano ha logrado sobrevivir a las catástrofes del principio de la vida, a esas experiencias ubicadas antes de la aparición del lenguaje verbal y que designamos como territorio de lo arcaico, ha comenzado a encontrar ciertas respuestas por los lados del terror del *breakdown* (desmoronamiento o derrumbe) y de las agonías primitivas que le son consustanciales.

El artículo de Winnicott (1973) publicado de manera póstuma, constituye un aporte capital, no solamente en el contexto de su obra, sino en la historia del psicoanálisis en su conjunto. Aborda, esencialmente, los conceptos de *breakdown* (desmoronamiento o derrumbe) y de agonías primitivas, todo ello apoyado en una concepción sobre la ubicación y función del clivaje que intentaré poner al día en este texto. Es sin embargo importante precisar, desde el inicio, que a pesar de la importancia central de las agonías primitivas y de terror al derrumbe en la noción del clivaje, éste último sólo es mencionado en el texto anotado una sola vez y justamente a propósito de la noción de vacío. El resto del tiempo debe ser inferido en las múltiples referencias a la integración, la no integración y la desintegración.

Winnicott nos anota inicialmente haber empleado a propósito la palabra *breakdown* pues la considera vaga. En el contexto que se propone a tratar, la palabra puede significar fracaso en la organización de una defensa ¿una defensa contra qué? contra el estado de cosas impensables que subyacen a la organización de una defensa, es decir, las agonías primitivas. En el caso de las neurosis, se trata de la angustia de castración, pero en este caso es el colapso del *self* unitario. Según Winnicott el término agonías primitivas le permite abordar aquellas condiciones para las cuales la palabra angustia no es suficiente. Es algo indefinido, vago e inquietante. “La agonía hace referencia, implícitamente,

a la idea de un sufrimiento psíquico mezclado de angustia y conlleva la idea de una confrontación con una situación extrema, de muerte psíquica”, escribe Roussillon. La palabra agonía tiene aquí, en efecto, una ligadura muy fuerte con los términos sufrimiento y dolor psíquico, angustia y situación extrema, confrontación y muerte. Esta confrontación con el vacío, la nada, lo negativo, que anoté al principio, a partir de la cita atribuida a Freud, corresponde bien en este caso a la experiencia de aniquilación y de muerte psíquica.

He aquí lo que Winnicott (1973, p. 209-211) considera como la esencia de su tema principal:

Mi principal afirmación es muy simple, sostengo que el miedo clínico al derrumbe, es el miedo a un derrumbe ya ocurrido, es el miedo a la agonía original que dio lugar a la organización defensiva desplegada por el paciente como síndrome mórbido (...) De acuerdo a mi experiencia clínica, hay momentos en que el paciente necesita que se le diga que el derrumbe, el miedo el cual está destruyendo su vida, ya tuvo lugar, es un hecho escondido en el inconsciente, en este caso el inconsciente no es el inconsciente reprimido de la neurosis. En este contexto particular, inconsciente significa que la integración yoica no es capaz de abarcar algo. El Yo es bastante inmaduro como para recoger todos los fenómenos dentro del ámbito de la omnipotencia personal. Aquí podría preguntarse por qué el paciente continúa preocupándose por algo que pertenece al pasado. La respuesta ha de ser que la experiencia original de la agonía primitiva no puede convertirse en tiempo pasado, a menos que el Yo sea capaz de recogerla dentro de su experiencia presente y su control omnipotente actual. Si el paciente está en condiciones de aceptar de algún modo esta extraña especie de verdad, de eso que todavía no ha experimentado, ya sucedió empero en el pasado, la vía queda abierta para experimentar la agonía primitiva en la transferencia en relación a fallas y errores del analista, cuando ellos no son excesivos. Todo esto es muy difícil y doloroso, toma su tiempo, pero en todo caso no ocurre en vano.

Winnicott anota más adelante:

El derrumbe ya ha tenido lugar en los inicios de la vida del sujeto y mi objetivo es poner atención a esta eventualidad. El paciente debe recordarlo,

pero esto es difícil en relación con algo que no ha sucedido aún, pues el paciente no estaba allí. En este caso la única manera de recordar es que esto ocurra en el presente, es decir, en la transferencia. Esta cosa pasada y futura pasa a ser un asunto del aquí y ahora, experimentada por primera vez. Esto equivale a rememorar y el resultado corresponde al levantamiento de la represión en el análisis de la neurosis.

Tenemos que delimitar los elementos esenciales de las agonías primitivas, tal como han sido enunciados por Winnicott; estas agonías primitivas son experiencias arcaicas de angustias literalmente impensables que comprometen al Yo naciente del sujeto, en un período en el curso del cual su organización psíquica no puede afrontar ni vivir en presente dicha experiencia. Se trata de una fase extraordinariamente primitiva de desarrollo, y corresponde a una experiencia cataclísmica y a un hundimiento del *self* unitario. Se caracteriza por vivencias impensables en ausencia de soporte, de regreso a un estado de no integración, de caída sin fin, de pérdida de residencia en su propio cuerpo, de privación del sentimiento de realidad y de carencia de capacidad para establecer relaciones con los objetos.

La vivencia que resulta es tan intolerable, que el único recurso que tiene el bebé es el de sustraerse a la experiencia, para “sobrevivir” a la muerte psíquica, lo que no quiere decir que la vivencia no quede inscrita o que no deje huellas internas, sino que el sujeto ha acudido a una cierta forma particular de clivaje. “En lugar de yugular el trauma, el sujeto se retira de la experiencia traumática y la deja desarrollarse en ausencia suya”, escribe Roussillon (1999, p. 140). En otras palabras, en lugar de enfrentar el desastre, el niño se retira de la experiencia y deja que se desarrolle en su ausencia. Un clivaje al Yo se impone aquí, clivaje que a la vez protege y permite al sujeto sobrevivir mientras lo empobrece innegable e inevitablemente en su vida psíquica.

Como se ha anotado anteriormente, el clivaje según Winnicott, busca dar cuenta de lo que está en juego cuando se trata de sobrevivir a una experiencia traumática primaria. He evocado un desgarramiento de la subjetividad en una

parte representada y una parte no representada o no representable. Quisiera subrayar ahora la originalidad extraordinaria de Winnicott en este contexto. La situación a la cual nos introduce es muy particular. Está hecha a la vez del “evitamiento del derrumbe gracias al clivaje y a una paradoja temporal, a saber que lo que se teme ocurra, ocurrió ya sin haber podido ser experimentado” (Ribas, 2008, p. 1343). Existe de hecho una temporalidad diferente en cada una de las dos partes de la personalidad que el clivaje separa: “la espera ansiosa de la catástrofe por la parte del *self* para la cual la catástrofe no ha ocurrido todavía, por cuanto no pudiendo vivirla sin ser destruido” (Ribas, Op.Cit.). La vivencia de muerte psíquica se sitúa antes de haber accedido a la consciencia del tiempo, lo que ha llevado a algunos a poner en duda la posibilidad de una angustia de muerte susceptible de situarse previamente a la representación de la muerte. En realidad, y justamente en razón de ello, se trata de una agonía sin fin, por cuanto se da en ausencia de organizadores temporales. La única salida a esta situación de *impasse*, que son los estados traumáticos primarios es paradójica, como lo ha mostrado R. Roussillon (1999), en particular en su libro *Agonía, clivaje y simbolización*:

para sobrevivir el sujeto se retira de la experiencia traumática primaria, se retira y se separa radicalmente de su subjetividad. Asegura de este modo, y en esto consiste la paradoja, su supervivencia psíquica, separándose radicalmente de su vida psíquica subjetiva. Él no ‘siente’ ya más su estado traumático, no se siente ya en donde está, se descentra de sí mismo, se descoloca de su experiencia subjetiva. (p. 20-21)

La gran originalidad del postulado de Winnicott, radica en la proyección permanente hacia el futuro, de un desastre ocurrido en el pasado. Este terror específico lo denomina “miedo al derrumbe”, síntoma visible de las agonías primitivas subyacentes y afectos que no surgirán a menos que el análisis progrese. La angustia crece, la experiencia original retoma fuerzas y amenaza con realizarse “por fin”, aunque ya haya ocurrido (sin encontrar un lugar en la experiencia). Aunque Winnicott no lo precisa, es posible comprender una

evolución clínica semejante gracias a la noción de “reducción progresiva del clivaje del Yo”, que amenaza al Yo con un retorno catastrófico de los elementos escindidos, perspectiva considerada ya por autores como A. Green (1990) y R. Roussillon (1999).

La “reconstrucción” del desastre primitivo será posible si, y solamente si, el traumatismo perdido y nunca experimentado en el presente del Yo logra actualizarse en la transferencia, en presencia de un objeto que esta vez podrá socorrerlo y ayudarlo a encontrar-crear la posibilidad de apropiarse al fin de lo que permanece sin integración por parte de la personalidad. La integración de lo que estaba perdido, de lo que había faltado o más precisamente de lo nunca advenido, deviene entonces posible. La concepción de las agonías primitivas de Winnicott y el miedo al derrumbe como su manifestación clínica central, nos proporcionan los elementos esenciales para la construcción de modelos de comprensión, fundados sobre la hipótesis de una organización defensiva cuya finalidad sea la de proteger al sujeto contra los efectos de un traumatismo primario, que ha sido clivado de la vida psíquica del sujeto, sin olvidar todas las amenazas que tal traumatismo clivado, y siempre en suspenso, hace pesar sobre el conjunto de la vida psíquica.

Comencé evocando *nothingness*, y propuse traducir tal palabra como “nada”, “vacío” y “la nada”. Es claro que en este contexto el problema central de los funcionamientos fronterizos y del “terror de existir”, según el término propuesto por M. Corcos (2011), se concentran alrededor de la vivencia de un vacío interior. Las huellas de respuestas no advenidas, de potenciales que se quedaron sin realización, el territorio de esas pérdidas tan paradójicas, tan reales y tan dolorosas que han sido designadas como la pérdida “de lo que no ocurrió”, R Roussillon (2008). De la confrontación al *nothingness* pueden derivarse ciertas esperas interminables que duran a veces toda la vida. De allí se derivan también, seguramente, ciertas solicitudes de la memoria que consisten en exigencias de una memoria casi fotográfica, a veces con un efecto de “congelamiento de la imagen” y de todo aquello que implica poner

en suspenso el movimiento y la vida. Otras veces, se deriva sobre todo la sensación de “blancos” que atraviesan toda la existencia, como “tormentos de la memoria”, esa “extrañeza afectiva que consiste en amar por sobre todo un recuerdo que nos falta” y del que llevamos empero la huella, G. Didi – Huberman (2013, p. 103). De la misma manera, G. Perec (1975) escribe a propósito de una foto que lo muestra con su madre: “de todos los recuerdos que me faltan es éste el que más quisiera poder tener” (p. 74). Y en algún lugar de la vida psíquica, y a veces en el cuerpo mismo, todo esto se vuelve a vivir, como en el primer día, o en la primera noche, pues con frecuencia se evoca a lo negro absoluto, un hueco negro que nos aspira y en el cual sería posible caer sin fin. Pero ocurre también, es cierto, que se trate a veces de noches blancas, de un desvanecimiento de la vida psíquica y de un hueco blanco. Entre lo vacío y el caos, entre lo muy poco y lo demasiado lleno, entre la pérdida de lo que no ocurrió y la “línea de ruptura del ser”. Esa ruptura y esa fractura que tendríamos que recuperar para ser y sentirnos al fin completos. Se impone al analista poder preceder al paciente en este camino, para permitirle, justamente, actualizar y apropiarse al fin de aquello que se quedó sin representación y sin integración. En un libro de reciente aparición, el historiador de arte G. Didi – Huberman (2013, p. 9-11) escribe:

Oler el Grisou (gas metano de carbono, N. d.T) es muy difícil puesto que es un gas inodoro e incoloro. ¿Cómo percibirlo a pesar de esto? Dicho de otra manera, ¿Cómo prevenir la catástrofe? ¿Cuáles serían estos órganos sensoriales para captar algo que está por venir? La infinita crueldad de las catástrofes, reside en que sólo se perciben cuando es ya demasiado tarde, sólo cuando ya han ocurrido (...) Se puede esperar del pensamiento, de la historia (...) de la actividad artística, (agrego yo de una cierta forma de experiencia psicoanalítica) que nos mantengan atentos y vigilantes a las catástrofes que se avecinan (...). Esto significa apoderarse de un recuerdo, tal como surge en el instante del peligro

Y sobre todo darle una forma, antes de poderle dar (eventualmente) un sentido.

Referencias

- Abram J (1996) *The language of Winnicott: A dictionary of Winnicott's use of words*. London: Karnac Books. [(2003) *Le langage de Winnicott: Dictionnaire explicatif des termes winnicottiens*. Paris: Edition Popesco, 2003, pp.66-67).
- Bergman I (1987) *Laterna magica*. Paris: Gallimard, Folio, 2001, p.64.
- Camus A (1942) Le mythe de Sisyphe. En: *Essais. Bibliothèque de La Pléiade*. Paris: Gallimard, 1997, p.117- 118
- Corcos M (2011) *La terreur d'exister. Fonctionnements limites à l'adolescence*. Paris: Dunod, 2 e éd.
- Didi-Huberman G (2013) *Blancs soucis*. Paris: Les Éditions de Minuit, p. 103.
- Didi-Huberman G (2013) *Sentir le grisou*. Paris: Les Éditions de Minuit, p. 9-11.
- Didi-Huberman G (2014) *Sentir le grisou*. Paris : Les Editions de Minuit, p. 9-11.
- Freud S. (1938, 1940) Le clivage du moi dans le processus de défense. *Ouvres complètes. Psychanalyse*. Vol. **XX**: 1937-1939. Paris: PUF, 2010.
- Goetz B (1975). That is all I have to say about Freud. *Int. Review of Psychoanalysis*. **II**: 141.
- Green A (1990) *La folie privée*. Paris: Gallimard, p. 132
- Millner M (1977) Chevauchement des cercles En: *D.W. Winnicott. L'ARC*. Gargan, Duponcelle, 1990 (rééd.) p. 76.
- Paz O (s.f) Citado en: Poniatowska E (2015). *Octavio Paz, las palabras del árbol*. México D.F: Seix Barral Biblioteca Breve.
- Perec G (1975) *W ou le souvenir d'enfance*. Paris: Gallimard, 1993, p. 74.
- Ribas D (2008) Traumatisme précoce restreint ou généralisé?. Discussion du rapport de Jacques Press. *Rev. Franç Psychanal* **5**: 1339-1349
- Ribas D (2008) Op.cit. pp. 1342-1343
- Roussillon R (1999) *Agonie, clivage et symbolisation*. Paris: PUF, p.140
- Roussillon R (1999) *Agonie, clivage et symbolisation*. Paris: PUF, p. 71-72
- Roussillon R (1999) *Agonie, clivage et symbolisation*. Paris: PUF, p. 20-21
- Roussillon R (2008). La perte du potentiel. Perdre ce qui n'a eu lieu. *Le Carnet/Psy*, **8**(130): 35-39.
- Winnicott DW (1962). Ego integration and child development. In: *The Maturational Processes and the Facilitating Environment*. London, Hogarth Press [(1965) *Processus de maturation chez l'enfant*. Paris: Payot, 1983, p. 9)]
- Winnicott DW (1968). Communication between infant and mother, mother and infant, compared and contrasted. Citado en: Davis M, Wallbridge D (1981). *Boundary and space. An introduction to the work of D.W. Winnicott*. London: Karnac Books Ltd. [(1992) *Winnicott. Introduction à son œuvre*. Paris: PUF, p. 42)

- Winnicott DW (1973) Fear of Breakdown. *Int. Rev. Psychoanal.* **1**: 205. [(1973) *La crainte de l'effondrement* En: *La crainte de l'effondrement et autres situations cliniques*. Paris: Gallimard, 2000, p. 205]
- Winnicott DW (1973) Fear of Breakdown. *Int. Rev. Psychoanal.* **1**: 209-211. [(1973) *La crainte de l'effondrement* En: *La crainte de l'effondrement et autres situations cliniques*. Paris: Gallimard, 2000, p. 209-211]

Lecturas recomendadas

- (2001) La déconcertante réalité du clivage. *Libres cahiers pour la psychanalyse*, **2** (4): 7-11
- Didi-Huberman G (2012) Postface. Des images et des maux. En: *Invention de l'hystérie. Charcot et l'iconographie photographique de La Salpêtrière*. Paris: Editions Macula, (cinquième édition, revue, remaniée et augmentée.), p.369.
- Freud S (1929, 1930) Le malaise dans la culture. *Oeuvres complètes. Psychanalyse*. Vol. **XVIII** 1926-1930. Paris: PUF, 2010, p.254
- Freud S (1938, 1940) Abrégé de psychanalyse. *Oeuvres complètes. Psychanalyse*. Vol. **XX** 1937-1939. Paris: PUF, 2010.
- Green A (1980) La mère morte. En: *Narcissisme de vie. Narcissisme de mort*. Paris: Les Éditions de Minuit, 1983, p.240.
- Ribas D (2004) L'usage du clivage chez Winnicott. En: *Winnicott insolite. Monographies de psychanalyse de la Revue française de psychanalyse*. Paris: PUF.
- Rojas-Urrego A (2005) *Terror sin nombre y Agonías primitivas*. Instituto Colombiano de Psicoanálisis.

Fecha de recepción: 21 de enero, 2020

Contacto:

Alejandro Rojas-Urrego
dr.arojasurrego@icloud.com

Traducción:

Eduardo Laverde-Rubio
eduardolaverde1935@outlook.com